

LIBRO JUBILAR  
EN HOMENAJE AL PROFESOR  
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES  
UNIVERSIDAD DE ALICANTE



**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE  
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA



**LIBRO JUBILAR  
EN HOMENAJE AL PROFESOR  
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA  
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante  
03690 Sant Vicent del Raspeig  
publicaciones@ua.es  
<http://publicaciones.ua.es>  
Teléfono: 965 903 480  
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016

© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3  
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:  
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:  
Clotilde Esclapez Selva



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# GAROÉ

## USO Y GESTIÓN DEL AGUA EN LAS CANARIAS PREHISPÁNICAS

Mauro S. Hernández Pérez\*

Área de Prehistoria  
Universidad de Alicante

*“El Garoé es un tipo de árbol, una ubicación geográfica precisa, un sistema de albercas, un mecanismo de vida pensado y, por ello, una estrategia reflexionada para su protección”*

Mª Cruz Jiménez Gómez (1993: 50)

En 1972 se incorpora a la Universidad de La Laguna un joven catedrático de Geografía para impartir docencia en la sección de Historia y Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras que se había creado unos años antes. Allí permaneció Antonio Gil Olcina hasta su incorporación en 1976 a la Universidad de Valencia en Alicante.

Para la Universidad canaria –la única que existía en el Archipiélago– fueron años de esplendor y también muy conflictivos, con manifestaciones y huelgas estudiantiles, cargas policiales y quema de “guaguas”, disparo de botes de humo y balas, estudiantes encarcelados, heridos e, incluso, uno de ellos asesinado en las escaleras de acceso al pabellón central de la Universidad.

En aquellos momentos, como ocurrió en el resto de las universidades españolas, aumentó el número de alumnos y también de docentes. La Universidad de La Laguna dejó de ser un lugar de “aves de paso”, en el que algún profesor apenas permaneció unos días –incluso en algún caso unas horas–, en las islas para rápidamente regresar a la Península. Se constituyó un prestigioso claustro de jóvenes profesores que transformaron en profundidad los estudios universitarios. Se crearon departamentos y revistas, se formaron equipos con los jóvenes licenciados y los primeros becarios de F.P.I., se defendieron numerosas Memorias de Licenciatura –las

---

\* E-mail: mauro.hernandez@ua.es

antiguas Tesinas- y Tesis Doctorales, las primeras en Arqueología, Historia, Historia del Arte y Geografía. Muchos de estos profesores recién llegados también participaron activamente en la gestión universitaria.

En Canarias Antonio Gil Olcina dirigió el Departamento de Geografía General entre 1972 y 1976, se incorporó al equipo de gobierno como vicerrector (1973-1976) y accedió al cargo de rector en funciones cuando dimitió el titular. Dirigió Tesinas y Tesis doctorales. En la lectura de las primeras, según la normativa vigente en aquellos años, tenía que participar un profesor doctor no numerario, un P.N.N. –profesor no numerario– como era identificado. En algunas de las Tesinas dirigidas por Don Antonio, como se le trataba, me “tocó” participar. Recuerdo en esta ocasión dos de ellas, dedicadas una a un tipo de cultivo del sudeste peninsular y la otra a la agricultura de la isla de La Palma. En ambas destacó en su intervención el protagonismo del agua en su desarrollo e insistía en la necesidad de estudiar los sistemas de regadío y captación del agua, destacando en la segunda la influencia de los vientos alisios en la distribución de la vegetación y del agua.

Antonio Gil Olcina ha convertido el agua en uno de los temas prioritarios de su investigación. Por su reconocido prestigio la Fundación Cajamurcia le encargó el Comisariado de la exposición *La cultura del agua en la cuenca del Segura* y la edición del correspondiente catálogo (Gil Olcina, 2004), para el que, por invitación de prof. Morales, realicé una primera aproximación al estudio del uso y gestión del agua en la Prehistoria del Sudeste, en la que analizaba las evidencias arqueológicas sobre el almacenamiento y canalización del agua en la Prehistoria regional y una serie de grabados rupestres que en mi opinión se relacionaban con rituales de petición de agua y la fertilidad de las tierras (Hernández Pérez, 2004).

En feliz expresión de uno de los profesores que contribuyeron a la creación de los estudios de Historia y Geografía en la Universidad de La Laguna para “el canario la principal preocupación es el agua” (Afonso, 1984: 23). Lo es la actualidad, lo ha sido desde su conquista por parte de los europeos, a lo largo del siglo XV d.C., y lo fue también en su etapa prehispanica, cuya población era ágrafa, aunque en algunas de las islas se registren evidencias de una escritura de origen norteafricano –líbico bereber-, de controvertida transcripción y lectura.

Con el recuerdo de su fructífera estancia en La Laguna, he querido contribuir al homenaje que discípulos y amigos dedican a don Antonio en su 70 aniversario con algunas reflexiones sobre el uso y gestión del agua entre los habitantes de las Islas Canarias en los momentos previos a la conquista y colonización.



## 1. EL AGUA EN LAS CANARIAS PREHISPÁNICAS

Tras la incorporación en 1496 de la isla de Tenerife a la Corona de Castilla se concluye el largo proceso de conquista de las Islas Canarias cuyo poblamiento inicial remonta, según las propuestas más aceptadas, al I milenio a.C. Procedentes del vecino continente africano, los grupos humanos que habitaron el Archipiélago canario se caracterizan por presentar en cada una de las siete islas un diferente desarrollo cultural, aunque también compartan muchos elementos comunes. Estas diferencias remontan al origen de estas poblaciones, procedentes de diferentes lugares del Norte de África y Sáhara, y a su posterior adaptación a cada uno de los territorios insulares.

Para su conocimiento se dispone de dos tipos de fuentes. Como corresponde a sociedades pre y protohistóricas la arqueología, con sus luces y sombras fruto de más de un siglo de actividades, aporta una excepcional información, que se complementa con un extraordinario conjunto de fuentes narrativas, también identificadas como fuentes etnohistóricas (Baucells Mesa, 2004). En efecto, para Canarias, al igual que ocurre con la América hispana, se dispone de un conjunto heterogéneo de documentos escritos, que incluyen crónicas e historias de la conquista y de la colonización inicial, descripciones de viajes y construcciones literarias. Sus autores conocieron a los aborígenes, tuvieron acceso a manuscritos desaparecidos o contribuyeron a la formación de la nueva sociedad. Resulta evidente que estas fuentes etnohistóricas, como también ocurre con las arqueológicas, son parciales e interesadas y como tales deben ser valoradas.

La arqueología ha confirmado la existencia de prácticas agrícolas en todas las islas, que los estudios carpológicos han corroborado, incluso en La Palma donde la documentación escrita negaba su existencia. También se han estudiado los restos osteológicos recuperados en algunas de las excavaciones, confirmando la presencia de las especies domésticas –en Canarias los únicos animales salvajes serían las aves– que se citan en los textos, con predominio de cabras, ovejas y, en menor medida, cerdos –cochinos– y perros. Fue, asimismo, importante el aprovechamiento marino de moluscos y peces y de algunos productos vegetales, de escaso valor alimenticio con la excepción de la raíz del helecho entre los aborígenes de La Palma y La Gomera, cuyo consumo perduraría hasta avanzado el siglo XX en algunas zonas rurales en momentos de sequía o pérdida de cosechas.

Para los canarios prehistóricos, cuya economía se basaba en una agricultura, preferentemente de secano, y una ganadería de cabras, ovejas y cerdos, es necesario que llueva y que lo haga en el momento oportuno para que germine y prospere la simiente y el ganado encuentre suficiente alimento. En unas islas, al menos las centrales y occidentales, con fuertes pendientes y acusada altitud para su tamaño, suelos a menudo pedregosos y poco productivos (Fernández Caldas *et alii*, 1978) y con una variada

cobertura vegetal, no siempre aprovechable como forraje para el ganado doméstico, la distribución del agua en cada una de las islas condiciona su hábitat y la propia explotación del territorio.

Las fuentes escritas ofrecen una interesante –y en alguna ocasión sorprendente– información acerca de los recursos hídricos de cada una de las islas en el momento de su conquista por los europeos. Por su posición geográfica las islas Canarias debían ser auténticos desiertos. Sin embargo, desde la Antigüedad han sido identificadas como Afortunadas (Martínez, 2002; Tejera, Chávez y Montesdeoca, 2006). Es la influencia de los vientos alisios en su contacto con la altitud y orientación de las cumbres en cada una de las islas la que explica las significativas diferencias en la distribución de la pluviosidad y la vegetación y las estrategias para obtener agua.

Los primeros asentamientos humanos europeos eligieron la cercanía de fuentes y cursos de agua para levantar sus primeras construcciones, tanto los normandos en Lanzarote y Fuerteventura (Aznar *et alii*, 2007) como más tarde los castellanos en los principales núcleos urbanos de las islas de realengo, como destaca el ingeniero cremonés Leonardo Torriani (1560-1628) que visitó las islas por encargo de Felipe II y elaboró una Historia de Canarias que, con las del dominico Alonso de Espinosa y del franciscano Juan de Abreu Galindo constituyen excelentes documentos sobre las culturas aborígenes canarias (Abreu, 1940; Espinosa, 1967; Torriani, 1969).

En Canarias las fuentes naturales escasean. Por sobreexplotación de los acuíferos en la actualidad muchas de ellas se secan o apenas gotean en verano, incluso antes de la generalización de pozos y galerías, como tuvimos ocasión de comprobar en nuestras prospecciones arqueológicas en La Palma y El Hierro en los años 70 del pasado siglo. Sin embargo, sorprende la información que ofrecen los documentos etnohistóricos acerca del número y calidad de sus aguas. Así mientras para Gran Canaria se indica que “*tienes sitios agradabilísimos e infinidad de fuentes excelentísimas, que llegan al número de cinco mil, las cuales después se reúnen y forman ríos*” (Torriani, 1959: 91), para El Hierro se insiste en el descubrimiento de tres fuentes después de su conquista en los primeros años del siglo XV, una de ellas denominada Acof, “*que en su lenguaje quiere decir río no por la copia de agua que harto poca tiene*” (Abreu, 1940: 49). También se indica la presencia de ríos, además de Gran Canaria, en La Palma, de *manantiales corrientes* en Tenerife y de *fuentes vivas y corrientes* en Fuerteventura. Estas aguas pronto serían aprovechadas por los europeos para construir molinos y regar los nuevos cultivos, entre los que destaca la caña de azúcar. En este sentido los repartimientos de tierras y aguas entre los conquistadores en las islas de realengo –Gran Canaria, La Palma y Tenerife– aportan una excepcional información sobre la distribución del agua en las primeras décadas de la colonización insular.

También se indica en estos mismos textos las estrategias sobre el aprovechamiento del agua de la lluvia. En Lanzarote escaseaba el agua por lo que, según el manuscrito de Valentín Fernández, de hacia 1506-1507 “*sus moradores hicieron como caños para dirigir el agua para abajo, a un lugar como un estanque, en el que se recoge toda el agua de aquellas sierras. Este lugar donde recogen estas aguas lo llaman maretas*” (Santiago, 1946-1947: 345). Al parecer el agua almacenada era “*excelente, sana, limpia y muy ligera, por estar descubierta y agitada por los vientos*” (Torriani, 1959: 46). En las proximidades de muchos de los poblados prehispanicos se han identificado restos de estas maretas, algunas de las cuales también se utilizaron, a menudo ampliándolas, después de la conquista como refleja, entre otras, la de Teguisse (Cabrera, Perera y Tejera, 1999).

Prácticamente en todas las islas se utilizaba el agua acumulada en los hoyos o pocetas del cauce de los barrancos, retirando si fuera necesario las arenas y gravas hasta alcanzar el nivel de las aguas, que luego se volvían a cubrir para evitar su evaporación (Álvarez Delgado, 1940/1941). Este sistema de captación del agua se identifica como *ere*, término aborigen presente en la toponimia de El Hierro y Tenerife, aunque este tipo de aprovechamiento se ha señalado para todas las islas (Cabrera, 1998: 1392). A su vez el *ere* se ha relacionado con el *guelta* sahariano, considerado un charco temporal formado en el cauce de un *uadi*.

En las islas de La Palma y El Hierro también se almacenaba el agua de la lluvia en depósitos de madera (Torriani, 1959: 222), aunque no exista constancia de su uso por parte de los habitantes prehispanicos, ya que la información recogida por Gaspar Frutuoso corresponde a 1563 y se refiere a los habitantes de Mazo –término municipal de La Palma– que “*tienen tanques de agua tan grandes, hechos de madera de tea, ... que algunos llevan 1.000 botas de agua que conservan tan fresca y gustosa, que los médicos dicen que es gracias a esta agua que beben los isleños el ser tan sanos*” (Frutuoso, 1964: 120). También para los términos municipales de Tijarafe, Puntagorda y Garafía, en La Palma, se ha señalado la existencia de construcciones de piedra seca en el cauce de los barrancos que permitían desviar el agua hacia charcos y pozas, cuyo origen se ha considerado prehispanico (Pais, Pelletero y Abreu, 2007; Pais y Tejera, 2010: 206).

No se dispone de noticias acerca de la construcción de pozos por parte de los aborígenes canarios. En San Marcial de Rubicón, en Lanzarote, identificada como la primera ciudad europea en Canarias (Tejera y Aznar, 1989), se construyeron varios pozos (Aznar *et alii*, 2007: 47-60) para captar el agua de los *eres* (Cabrera, 1988: 1392). En uno de ellos se han localizado varios grabados rupestres, entre los que se han identificado un podomorfo –huella del pie humano– y un motivo antropomórfico que se ha relacionado con el signo púnico de Tanit. A partir de estas evidencias

se ha propuesto un origen púnico para estas construcciones (del Arco *et alii*, 2000), aunque también se ha indicado que las piedras utilizadas en la construcción de estos pozos podían proceder de otras localidades de la isla (de León y Perera, 1996: 67).

Para Gran Canaria se admite la existencia de regadío a partir de la crónica de A. Sedeño quien señala que “*tenian muchas aseQUIAS de agua i con grande admiración tienen una gran peña viua agujerada por spacio de un quarto de legua que atrauiesa un gran çerro por onde condujeron parte de buena cantidad de agua para aprovechar con el riego buenas tierras; que llaman la Vega, i el principio naçe de unos barrancos mui hondos i la subieron por unos aquedutos haciendo calçadas de onde llama Tejeda*” (Cedeño, 1978: 372). G. Chil y Naranjo identifica esta construcción con el llamado túnel de Tejeda que, ampliado después de la conquista, traslada el agua desde el interior de Gran Canaria a la actual ciudad de Las Palmas (Chil y Naranjo, 1876: 580-581). Sin embargo, la arqueología no ha confirmado la existencia de regadío, aunque a menudo se hace referencia a “*claros vestigios de cauces o acequias de piedra para encauzar hacia el mar de las aguas de la lluvia*” (Jiménez Sánchez, 1946: 21) para evitar la inundación de los distintos caseríos. En 1942 se conservaban pequeños tramos de una acequia junto a los hogares y cerca del tagoror y palacio de justicia en el tercer caserío de El Agujero, en Gáldar (Jiménez Sánchez, 1946: 22), información que reiteran otros investigadores, aunque desconozco si se han localizado estos restos.

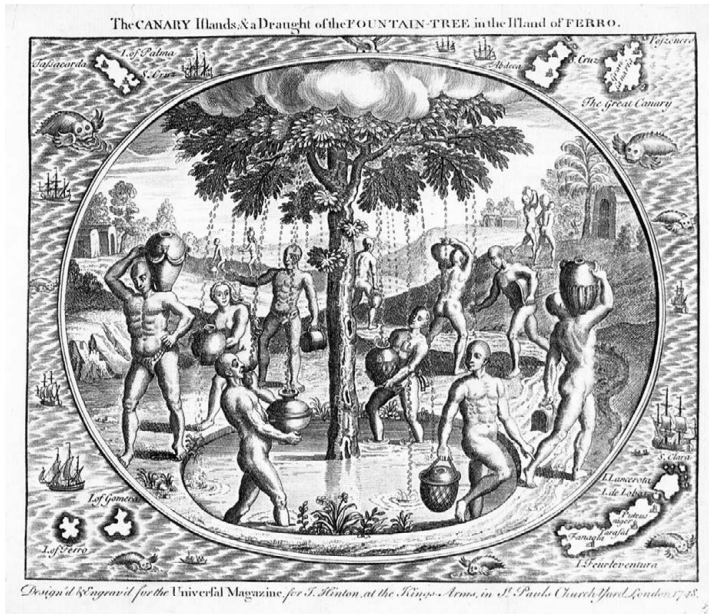


Figura 1. Garoé. Aguafuerte sobre papel. 1748.

En las islas de mayor altitud el contacto de los vientos alisios con la vegetación genera la denominada “lluvia horizontal” que ya se describe en las más antiguas fuentes etnohistóricas. A inicios del siglo XV en la copia de Jean de Béthencourt de Le Canarien se recoge que en las tierras más altas de El Hierro *hay unos árboles que gotean continuamente agua buena y clara, que cae a unas fosas junto a ellos, la mejor agua para beber que se podría encontrar; y tiene tal propiedad que cuando se ha comido hasta la saciedad y se bebe de esa agua, antes de transcurrir una hora todos los alimentos han sido digeridos y se tiene tanto apetito como antes de haber bebido*” (Aznar et alii, 2007: 226). En la descripción de las Islas Canaria del ingeniero L. Torriani, escrita en 1592, se indica que en las tres islas occidentales hay muchos árboles que *“dan buena agua, pero solo se tiene en cuenta el que los herreños llaman Árbol Santo, por ser el mayor de todos y también porque da mayor cantidad de agua”* (Torriani, 1959: 216).

Este árbol es el Garó sobre el que se dispone de múltiples descripciones e, incluso, de algunos grabados (figura 1), a modo de una recreación ideal de un fenómeno natural que todos califican de sorprendente (Hernández Gutiérrez, 1998). La más antigua descripción corresponde a L. Torriani, aunque su manuscrito no sería publicado hasta el siglo XX. De ahí que la denominación aborigen de Garó, que se traduce como Árbol Santo, se generalizaría a partir de J. de Abreu Galindo, cuya Historia se publica en 1632, años después de que el árbol fuera derribado en 1610 ó 1612 por el viento. Pronto se convierte en una leyenda siempre presente en la memoria de los herreños de todas las época y en un proyecto de recuperación patrimonial.

L. Torriani lo identifica como un til y ofrece un dibujo –el único existente– de sus hojas y frutos (figura 2). En la descripción de J. de Abreu Galindo se indica que *“el tronco tiene de circuito y grosor 22 palmos y de ancho cuatro palmos, y de alto tiene quarenta desde el pié hasta lo más alto, y la copa en redondo ciento y veinte pies en torno, las ramas muy estendidas y coposas, una vara alto de la tierra”* (Abreu Galindo, 1940: 48).



Figura 2. Hojas y frutos del Garó, según L. Torriani.

Las fuentes etnohistóricas nos ofrecen una detenida descripción de la lluvia horizontal. Según L. Torriani *“la maravilla de gotear agua no es otra*

*cosa, sino que, cuando reina el viento levante, allí en este valle se recogen muchas nieblas que después, con la fuerza del calor solar y del viento, suben poco a poco, hasta que llegan al árbol; y este detiene la niebla con sus numerosas ramas y hojas, que se empapan como si fuese guata y, no pudiéndola conservar en forma de vapores, la convierte en gotas que recaen espesísimas en el foso”* (Torriani, 1959: 216). Cada día se recogía más de 20 botas de agua, que se almacenaba, bajo la vigilancia de un guarda puesto por el Consejo, en varias cisternas (figura 3), de las que todavía se conservan algunas evidencias sin que se pueda precisar las fábricas anteriores a la conquista, ya que los nuevos habitantes también construyeron cisternas, además de tanques de madera “grandes y gruesas como para lagares” (Frutuoso, 1964: 136).



Figura 3. Construcciones en el emplazamiento del Garoé.

Los aborígenes herreños eran conscientes de la excepcionalidad del Garoé para una isla con escasez de agua. Por este motivo ocultaron el árbol a los conquistadores, a quienes dijeron que la única agua disponible procedía de la lluvia que recogían en vasijas. Una mujer los traicionó, facilitando la conquista de la isla, aunque “recibió su merecido, porque imaginando los notables de la isla que había sido ella la delatora del árbol, la hicieron morir poco después y en secreto” (Benzoni, 1989: 337).

La escasez de agua en la isla de El Hierro obliga a recuperar otras aportaciones de la lluvia horizontal. Según Juan Antonio de Urtusáustegui, que recorrió la isla en 1779, se aprovecha “todo hueco con que se puede mantener agua; así se han hecho y labrado ciertos cóncavos en las ramas mas gruesas de los pinos y otros árboles, por la parte superior (que llaman guácimos) con el fin de que empoce la que se resuelven las nubecillas: tomé un jarro de uno de éstos y me pareció buena menos el color” (de Urtusáustegui, 2004: 36).

## 2. RITUALES DE AGUA

Para los aborígenes canarios su dependencia del agua y el desconocimiento de los mecanismos que generan la lluvia explican la existencia de una serie de actividades para asegurar –y en su caso controlar– la presencia de un recurso, siempre escaso. Las fuentes etnohistóricas ofrecen una excepcional información sobre algunas de estas prácticas, de las que también existen evidencias arqueológicas. Las fuentes escritas solo aportan información para tres de las islas, aunque es posible que con algunas diferencias también se realizaran en algunas de las restantes.

Al hacer referencia a las mujeres dedicadas al culto en Gran Canaria, conocidas en la lengua aborigen como *harimaguadas* o *magadas*, J. de Abreu y Galindo señala que “*cuando faltaban los temporales, iban en procesión, con varas en las manos, y las Magadas con vasos de leche, y manteca, y ramos de palmas. Iban á las montañas, y allí derramaban la manteca y leche, y hacían danzas, y bailes, y cantaban endechas en torno a un peñasco; y de allí iban á la mar y daban con las varas en el agua dando todos juntos una gran grita*” (Abreu Galindo, 1940: 98). En otros textos para la misma isla no se hace mención a los ritos realizados en las montañas, aunque recogen la procesión del faicán<sup>1</sup> y de la gente del pueblo. Según J. Gómez Escudero “*lleuando todos en prosesión varas en las manos iban a la orilla de el mar, i también llebaban ramos de árboles, i por el camino iban mirando a el cielo i dando altas voces, leuantando ambos braços puestas las manos, i pedían el agua para sus sementeras i decían: Almene Coram (válgame Dios), daban golpes en el agua con las uaras y los ramos, y assí con esta súplica les prouehía el Summo Dios, i assí tenían gran fe en haçer esto*” (Gómez Escudero, 1978: 434-435). Tradicionalmente se relacionan los rituales practicados en las montañas con los *almogaren*, entre los que destaca el del Bentaiga por su compleja estructura con canalillos y cazoletas.

Un ritual practicado por los aborígenes de varias islas tiene por protagonista los balidos de los animales domésticos en lugares que la toponimia conoce con el nombre de *bailaderos*. En el texto del dominico A. de Espinosa se indica los guanches –indígenas de Tenerife– “*cuando los temporales no acudían, y por falta de agua no había yerba para los ganados, juntaban las ovejas en ciertos lugar que para esto estaban dedicados, que llamaban el baladero de las ovejas, e hincando un vara o lanza en el suelo, apartaban las crías de la ovejas y hacían estar las madres al derredor de la lanza, dando balidos; y con esta ceremonia entendían los naturales que Dios se aplacaba y oía el balido de las ovejas y les proveía de temporales*” (Espinosa, 1967: 34). Idén-

---

<sup>1</sup> Se identifica como un sacerdote, según atestiguan las fuentes escritas, *aunque no fuesen monjes ni adivinos o profetas* (Jiménez, 1990: 177). En Gran Canaria habían dos faisanes o faisanes, que pertenecían a la nobleza principal y estaban emparentados con el grupo dirigente.

tica costumbre se señala en Gran Canaria, donde “*cojian el ganado de los tales diesmos i lo encerraban en un corral o cercado de pared de piedra i allí lo dejavan sin comer aunque fuese tres días, i lo dejaban dar muchos validos i toda la gente balaba como ellos, hasta que llovía, i si tardaba el agua, dábales mui poco de comer, i volvían a encerrarlos*” (Cedeño, 1978). De extraordinario interés es una referencia para El Hierro al señalar que “*cuando veían tardar las aguas del invierno, juntábanse en Betayca, donde finjian estar sus ídolos, y alrededor de aquellos peñascos estaban sin comer tres días, y con el hambre lloraban, y el ganado valaba, y ellos daban voces á los ídolos, que les mandasen agua, y si con esta diligencia no llovia, uno de los naturales á quien ellos tenían por santo, iba al término, y lugar que llamaban tacuytunta, donde estaba una cueva, ... y metiendose dentro ... salia de dentro un animal en forma de cochino, que llamaban Aranfaybo, .... que era el Demonio tenían ellos en lugar de santo y lo llevaban donde estaban los demas, esperando con sus ganados alrededor de aquellos peñascos y andaban todos dando gritos, y voces en procesión, ... y como el demonio es grande artífice de cosas naturales hacia llover, ...y cuando lo parecia que habia llovido lo necesario lo largaba, y volviere á su cueva á vista de todos*” (Abreu Galindo, 1940: 53). Similares ritos se constatan entre los berereberes norteafricanos (Tejera, Chaves y Montesdeoca, 2006: 146).

Resulta difícil precisar el lugar donde se realizaban estas prácticas rituales, en que *balaban* los animales. En varias de las islas se relaciona con el topónimo *bailadero*. L. Diego Cuscoy señala que éstos se localizan en la montaña, cerca de los poblados en áreas manifiestamente pastoriles, citando el Bailadero de Anaga, desde el que se divisa las dos vertientes del Macizo (Diego Cuscoy, 2008: 146) y otro en las montañas de Fasnía, a 1500 m de altitud, en el borde inferior del pinar junto al camino que lleva hacia los campos de pastoreo de alta montaña (Diego Cuscoy, 2008: 184). Este topónimo se registra también en La Palma –los dos en el bando de Tagaragre en el término municipal de Barlovento (Pais y Tejera, 2010: 204), donde las fuentes escritas no dejan constancia de este rito. No existe unanimidad acerca de la ubicación de los lugares herreños relacionados con los rituales del culto agua (Álvarez Delgado, 1947; Darías Padrón, 1980; Jiménez Gómez, 1991), mientras los de las cumbres de Gran Canaria se relacionan con los efequenes, entre los que destaca el del Roque Bentaiga, en Tejada, en el que hace años realizamos un estudio arqueológico de su entorno (Hernández Pérez, 1982).

La presencia de esferoides de piedra en el conjunto ceremonial de Guaracho, en Fasnía (Tenerife), se ha explicado como evidencias de rituales en demanda de lluvia, que remite a un juego con bolas de piedra en el vecino continente (Diego Cuscoy, 1979: 119).



Otras manifestaciones aborígenes insulares se han relacionado con rituales de agua. Una de las aportaciones más destacables de la arqueología canaria en los últimos años es el espectacular incremento de número de yacimientos con grabados rupestres, presentes en todas las islas aunque con características propias en cada una de ellas (Beltrán *et alii*: 1996).

En los grabados geométricos de La Palma dominan los motivos circulares –espirales, círculos, círculos concéntricos, serpentiformes y meandros-, para los que se han propuesto diferentes significados. J. Martínez Santa-Olalla en un artículo inédito, que remitió para su publicación a la revista *El Museo Canario*<sup>2</sup>, al observar la cercanía de los grabados a las fuentes señala que responden “*a un culto a la fecundidad, a la diosa de las fuentes y de las aguas*”. Para L. Diego Cuscoy los grabados de Belmaco, en Mazo, y por extensión todos los de La Palma, se relacionan con cultos al agua, ya que las “*espiras, meandros y laberintos pueden ser representaciones ideográficas de charcos con ondas, regatos, pequeñas corrientes derramadas, trazos de significación mágica o topográfica*” (Diego Cuscoy, 1955: 96). Hace ya algunos años señalé que los motivos dominantes en los grabados palmeros evocaban el agua que se acumulaba en charcas de las fuentes y barrancos o se deslizaba por el cauce de estos últimos y laderas siguiendo trazados sinuosos o formando ondas concéntricas cuando una piedra o una simple hoja rompía las tranquilas aguas de un charco. También insistía en que muchos de los conjuntos con grabados se localizan en las proximidades de las fuentes, en el camino hacia ellas o en lugares desde los que se divisa el discurrir del agua por los barrancos. Posteriores estudios han permitido constatar que la gran mayoría de las fuentes y puntos de agua permanentes de la isla, que no se secan ni en los peores años de sequía, están directamente relacionados con estaciones de grabados rupestres de tipo geométrico (Pais y Tejera, 2010:78). Asimismo los grabados geométricos de El Hierro, que no alcanzan la complejidad de los palmeros (Hernández, 2002), se han relacionado con el agua y se consideran un don y/o manifestación de la divinidad (Jiménez Gómez, 1991: 167).

También se ha sugerido que los grabados de signos alfabéticos de tipo líbico-canario y líbico-bereber de algunos lugares de Fuerteventura, entre los que se citan los de Manguia y del Pozo de la Cruz, en San Marcial del Rubicón, en lugares relacionados, respectivamente, con maretas y eres, se relacionan con cultos a las aguas (Cabrera, Jiménez y Tejera, 1999: 242).

Entre las manifestaciones rupestres canarias destacan los cada vez más numerosos conjuntos de cazoletas y canalillos presentes en todas las islas (figuras 4 y 5). Cuando inicié mis estudios en La Palma no me atreví a valorar como prehistóricos algunos pequeños hoyos excavados en la roca.

---

2 Citado por L. Diego Cuscoy.



Figura 4. Tinasoria (Lanzarote). Foto: J.J. Navarro Mederos.

De algunos, como los que se localizaban en los alrededores de los motivos cruciformes del Lomo Boyero, en Breña Alta (La Palma) (Navarro y de la Rosa, 1993), dudaba acerca de su autoría e, incluso, me planteaba que fueran naturales, resultado de la disgregación de la roca por la acción corrosiva de los líquenes. Aquellos en los que combinaban cazoletas y canalillos eran indudablemente de factura humana, aunque no me atrevía a considerarlos prehispánicos. Ahora, tras revisar muchos conjuntos de grabados en el Sudeste y Levante peninsular no dudo en considerar que muchos de los conjuntos de grabados y canalillos canarios como prehispánicos, aunque algunas de las cazoletas sean naturales y otras hayan sido manipuladas por pastores y cazadores para ampliar su capacidad. Para Canarias todos los investigadores relacionan estas cazoletas con rituales de petición de agua e, incluso, con los *almogarenes* aborígenes, teniendo en cuenta que algunos de los identificados como tales, entre los que se encuentran los de Bentaiga (Tejeda), Amurga (San Bartolomé de Tirajana) y Cuatro Puertas (Telde), en Gran Canaria, tienen cazoletas y canalillos e, incluso, en un Baladero, en Telde (Cuenca, 1996: 200-201). En ellos los aborígenes realizarían libaciones en petición de lluvia y fertilidad, como reflejan las fuentes etnohistóricas.



Figura 5. Banda de la Concepción (La Gomera). Foto: J.J. Navarro Mederos.

En el Sudeste peninsular he podido constatar la existencia de conjuntos de cazoletas y canalillos que he relacionado con rituales que evocan a los canarios, aunque aquí correspondan a mediados del II milenio a.C. Se asocian a poblados de la Edad del Bronce como atestigua el excepcional conjunto del Monte Arabí (Yecla, Murcia) y los del Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete). Se ubican en lugares con amplio dominio visual, por lo que resulta sugerente la carta que el gran prehistoriador belga Luis Siret remite a K. Tiempel, el 4 de septiembre de 1909, que, al referirse a los del Sudeste señala que *“el agua, según mi hipótesis, no era adorada como fuerza ni como elemento, sino como materia tangible y visible que fecunda la tierra a la vista de los hombres, por sus propios trabajos agrícolas. Hay que ver con qué respeto el hombre de los países secos trata esta materia que produce su pan, para comprender que aquél le rinde un verdadero culto. Ocurre lo mismo con la tierra que se une al agua para asegurar los alimentos del hombre”* (Hernández Pérez, 2004: 47).



Figura 6. Amurga (Gran Canaria). Foto: J.J. Navarro Mederos.

También Canarias muchos de estos excepcionales conjuntos de cazoletas y canalillos se ubican en lugares elevados y con amplio dominio visual (figura 6). Allí delante de espectacular paisaje puede solicitar la presencia de la lluvia, del agua que fecunda la tierra, abastece las necesidades de los hombres y animales y modelan un paisaje que ha sido objeto de estudio y análisis, como explicaba Antonio Gil Olcina en sus clases y en la dirección de los trabajos de discípulos y alumnos en la Universidad de La Laguna.

### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ABREU Y GALINDO, J. (1940): *Historia de la conquista de las siete islas de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife.
- ALONSO PÉREZ, L. (1984): *Miscelánea de temas canarios*. Santa Cruz de Tenerife.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1940/1941): “Etimología de Hierro. ¿Heres o Eres?”. *Revista de Historia*, VII, pp. 210-212. La Laguna.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1945): “Las Islas Afortunadas en Plinio”. *Revista de Historia*, XI, pp. 26-61. La Laguna.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1947): *Excavaciones arqueológicas en Tenerife (Canarias). Plan Nacional 1945-1946*. Madrid.
- AZNAR, E., CORBELLA, D., PICO, B. y TEJERA, A. (2007): *Le Canarien. Retrato de dos mundos. I. Textos*. La Laguna.
- BAUCELLS MESA, S. (2004): *Crónicas, historias, relaciones y otros relatos. Las fuentes narrativas del proceso de interacción cultural entre los aborígenes canarios y europeos (siglo XIV al XVII)*. Las Palmas.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. et alii (1996): *Manifestaciones rupestres de las Islas Canarias*. Las Palmas.
- BENZONI, G. (1967): *La Historia del Mundo nuevo*. Caracas.
- CABRERA PÉREZ, J.C. (1998): “Eres”. *Gran Enciclopedia Canaria*, T. VI, pp. 1392. La Laguna.
- CABRERA PÉREZ, J.C., Perera Betancort, M<sup>a</sup> A. y Tejera Gaspar, A. (1999): *Los Major. La primitiva población de Lanzarote. Islas Canarias*. Madrid.
- CEDENO, A. (1978): *Breve resumen y historia muy verdadera de la conquista de Canaria scripta por Antonio Cedeño natural de Toledo, uno de los conquistadores que vinieron con el general Juan Rexon*. En F. Morales Padrón *Canarias: Crónicas de su Conquista*, pp. 343-381. Las Palmas.
- CUENCA SANABRIA, J. (1996): “Las manifestaciones rupestres de Gran Canaria”. En *Manifestaciones rupestres en las Islas Canarias*, pp. 133-222. Las Palmas.

- CHIL Y NARANJO, G. (1876): *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*. Tomo primero. Las Palmas.
- DARIAS PADRÓN, D. (1980): *Noticias generales de la Isla del Hierro*. Santa Cruz de Tenerife.
- DE URTUSÁUSTEGUI, J.A. (2004): *Diario de viaje de El Hierro en 1779*. Sevilla.
- DEL ARCO, GONZÁLEZ, R., BALBÍN, R., BUENO, P., ROSARIO, C., DEL ARCO, M. y GONZÁLEZ, L. (2000): "Tanit en Canarias". *Eres (Arqueología)*, 9 (1).
- DIEGO CUSCOY, L. (1955): "Los petroglifos de caboco de Belmaco, Mazo, Isla de La Palma (Canarias)". *Actas del III Congreso Nacional de Arqueología (Galicia, 1953)*, pp. 88-98. Zaragoza.
- DIEGO CUSCOY, L. (1979): *El conjunto ceremonial de Guargacho (Arqueología y religión)*. Santa Cruz de Tenerife.
- DIEGO CUSCOY, L. (2008): *Los guanches. Vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife*. La Laguna.
- ESPINOSA, A. de (1967): *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*. Santa Cruz de Tenerife.
- FRUTUOSO, G. (1964): *Las Islas Canarias (de "Saudades da Terra")*. La Laguna.
- GIL OLCINA, A. (2004): *La cultura del agua en la cuenca del Segura*. Murcia.
- GÓMES SCUDERO, P. (1978): *Libro segundo. Prosigue la conquista de Canaria*. En F. Morales Padrón *Canarias: Crónicas de su conquista*, pp. 383-468. Las Palmas.
- HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, A. S. (1998): *Garoé. Iconografía del Árbol del Agua*. Santa Cruz de Tenerife.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (1997): *La Palma prehispanica*. Las Palmas.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (1982): "Excavaciones arqueológicas en Gran Canaria: Guayadeque, Tejeda y Arguineguín". *Actas del IV Coloquios de Historia Canario americano*, T. I, pp. 577-598. Las Palmas.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (1999): *La Cueva de Belmaco. Mazo. Isla de La Palma*. Santa Cruz de Tenerife.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (2002): *El Julan (La Frontera, El Hierro, Islas Canarias)*. Santa Cruz de Tenerife.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (2004): "El agua que fecunda la tierra. Uso y gestión del agua en la prehistoria del Sureste". En A. Gil Olcina *La cultura del agua en la cuenca del Segura*, pp. 45-59. Murcia.

- JIMÉNEZ GÓMEZ, M<sup>a</sup> C. (1991): “Magia y ritual en la Prehistoria de El Hierro”. *Tabona*, VII, pp. 159-178. La Laguna.
- JIMÉNEZ GÓMEZ, M<sup>a</sup> C. (1993): *El Hierro y los bimbaches*. Santa Cruz de Tenerife.
- JIMÉNEZ GONZÁLEZ, J.J. (1992): *Gran Canaria y los canarios*. Santa Cruz de Tenerife.
- JIMÉNEZ GONZÁLEZ, J.J. (1990): *Los Canarios. Etnohistórica y Arqueología*. Santa Cruz de Tenerife.
- JIMÉNEZ GONZÁLEZ, J.J. (1999): *Gran Canaria prehistórica. Un modelo desde la Arqueología Antropológica*. Santa Cruz de Tenerife.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, S. (1946): *Excavaciones arqueológicas en Gran Canaria, del Plan Nacional de 1942, 1943 y 1944*. Madrid.
- LEÓN HERNÁNDEZ, J. de y PERERA BETANCOR, M<sup>a</sup> A. (1996): “Las manifestaciones rupestres de Lanzarote”. *Manifestaciones rupestres de las Islas Canarias*, pp. 49-75. Las Palmas.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, E. (1992): *La Palma y los auritas*. Santa Cruz de Tenerife.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (2002): *Las Islas Canarias en la Antigüedad Clásica. Mito, historia e imaginario*. Santa Cruz de Tenerife.
- MORALES PADRÓN, F. (1988): *Canarias: Crónicas de su conquista*. Sevilla.
- NAVARRO MEDEROS, J.F. y DE LA ROSA, F.J. (1993): “El complejo de estaciones rupestres de Lomo Boyero (Isla de La Palma, Canarias) y el problema de los grabados cruciformes”. *Tabona*, VIII, pp. 237-272. La Laguna.
- PAIS PAIS, F.J. (1996): *La economía de producción en la prehistoria de la isla de La Palma*. Las Palmas.
- PAIS PAIS, F.J. (2006): “LOS BENAHOARITAS Y EL AGUA: UNA CUESTIÓN DE supervivencia”. *La cultura del agua en La Palma*. La Laguna.
- PAIS PAIS, F.J., PELLETERO LORENZO, N. y ABREU DÍAZ, C. (2007): *Sistemas de aprovechamiento del agua entre los benehaoritas y su pervivencia en época histórica*. Cuadernos CICOP, 12. La Laguna.
- PAIS PAIS, J. y TEJERA GASPAS, A. (2010): *La religión de los benahoritas*. Santa Cruz de La Palma.
- TEJERA GASPAS, A. (1988): *La religión de los guanches. Ritos, mitos y leyendas*. Santa Cruz de Tenerife.
- TEJERA GASPAS, A. (1996): *La religión de los gomeros. Ritos, mitos y leyendas*. La Laguna.

- TEJERA GASPAS, A. y AZNAR VALLEJO, E. (2004): *San Marcial del Rubicón. La primera ciudad europea de Canarias*. La Laguna.
- TEJERA GASPAS, A., CHÁVEZ ÁLVAREZ, M<sup>a</sup> E. y MONTESDEOCA, M. (2006): *Canarias y el África Antigua*. Santa Cruz de Tenerife.
- TEJERA GASPAS, A. y JIMÉNEZ GONZÁLEZ, J.J. (1990a): “Ritos propiciatorios de la lluvia en la Prehistoria de Gran Canaria”. En *Serta Gratulatoria in honores Juan Régulo. IV. Arqueología y Arte. Miscelánea*, pp. 657-661. La Laguna.
- TEJERA GASPAS, A. y JIMÉNEZ GONZÁLEZ, J.J. (1990b): “Ritos de fecundación en la Prehistoria de Gran Canaria”. *Zephyrus*, XLIII, pp. 209-213. Salamanca.
- TEJERA GASPAS, A. y M. MONTESDEOCA (2004): *Religión y mito de los antiguos canarios*. Santa Cruz de Tenerife.
- TORRIANI, L. (1959): *Descripción de las Islas Canarias*. Santa Cruz de Tenerife.